

equivocamos, de nuestra situación depende por completo su resultado. Si nosotros estamos divididos, fraccionados, rotos, nuestros jefes consumidos por el descrédito, nuestras huestes tendidas en los campos de batalla, nuestro partido desorganizado, la restauración es posible, muy posible; mientras que si nosotros estamos fuertes, unidos, compactos, habiendo dado, por una conducta prudentísima, garantías de acierto á todas las clases sociales, que tienen hambre de justicia, la república es inevitable, y con la república, indefectible la redención de las razas que avechian en Europa el antiguo mar de la cultura humana al mar Mediterráneo. (*Redoblados aplausos.*)

Para determinar nuestra conducta, pensad que no todo es contrario á nosotros en las instituciones vigentes. Nosotros tenemos algo conquistado que salvar. Nosotros tenemos algo adquirido que defender. Nosotros tenemos algo fundado que consolidar. Nosotros tenemos hoy leyes, derechos, principios escritos, que son nuestros, completamente nuestros, y que constituyen el patrimonio, digámoslo así, de la democracia moderna. Tenemos, en primer lugar, aquellos derechos de los cuales se deriva lo más caro de la vida, los derechos relativos á la inviolabilidad de la conciencia. Por ellos, mediante ellos, debemos fundar en las inspiraciones íntimas de la propia razón, del propio espíritu, la vida religiosa, la vida científica, que son la verdadera vida del alma. Tenemos la libertad completa de formular todos los principios, de definirlos en constante propaganda, de purificarlos por la pública controversia. A esta libertad de la conciencia y de la razón se une la libertad de enseñanza, por cuya virtud los principios nacidos en la conciencia individual pueden elevarse á fe de las venideras generaciones. Por la libertad de conciencia somos dueños de nuestra vida presente, y

por la libertad de enseñanza preparamos la vida del porvenir. Desde aquí, desde estas bases fundamentales, se elevan todas las demás libertades, la de imprenta, la de reunión y asociación, que vienen á completar la personalidad humana, la cual, por la inviolabilidad del domicilio, tiene la seguridad de la familia, y por la universalidad del sufragio, la seguridad de intervenir en la política y de llegar á convertir sus ideas en leyes.

Todos estos principios han sido formulados en trabajos titánicos, que acaso no tengan iguales en el mundo si se atiende á las contrariedades que oponía una antigua é inveterada educación social, y todos estos trabajos podrian perderse por imprudencias ó por excesos de los mismos que los han formulado en la tribuna, en la cátedra, y los han traído á la vida.

¡Qué cuenta estrechísima tendremos que dar si algun día se pierden estas conquistas, se malogran estos trabajos, y retrocedemos hasta caer en la peor de las servidumbres, en la servidumbre traída por nuestros errores y nuestras faltas!

Acordémonos de los hombres de 1843. Nadie puede negarles una gran sinceridad en sus opiniones y verdadera rectitud en sus móviles. Habían visto desnaturalizada la revolución del 40, y deseaban restaurarla. Habían visto el poder en manos de una camarilla, y deseaban democratizarlo. Habían visto fallidas las esperanzas más caras del pueblo, y deseaban renovarlas. El grande obstáculo estaba en el Regente. Destruído el Regente, reaparecía la libertad, penetraba en el poder la democracia; y destruyeron al Regente, y vino en pos de la derrota del Regente aquella reacción de los once años que nos obligó á maldecir á los mismos hombres á quienes habíamos considerado y querido ántes como los patriarcas de la libertad. Cuando la

censura oprimia nuestras conciencias, obligadas á profesar en público tal ó cual principio; cuando el lápiz del fiscal tachaba audazmente tal ó cual artículo; cuando las reuniones públicas se disolvían por la fuerza y el hogar se violaba con descaro; cuando caían los patriotas atravesados por las balas realistas en el Malecon de Alicante, en los campos de la Rioja y de Galicia, nuestro pensamiento esclavo y nuestra conciencia herida se convertían hácia los hombres de 1843 y los declaraban autores primeros de todos aquellos desastres, principales culpados de todas aquellas maldades, y los maldecían al mismo tiempo que á nuestros tiranos y á nuestros verdugos. (*Redoblados aplausos.*)

Es necesario que no suceda lo mismo al partido republicano. Si le sucediere por su culpa, no podrá contar con la generacion que hoy se educa, generacion destinada, pese á quien pese, á ser republicana. Nuestra ley de conducta debe contener preceptos breves, sencillos, claros, porque no convienen á las democracias los códigos demasiado largos y confusos. Nuestra ley de conducta debe ser: 1.º Conservar lo adquirido en materia de progresos, libertades y derechos. 2.º Valernos de estos progresos, de estas libertades, de estos derechos, para la sana educacion del pueblo; que pueblos no educados convenientemente podrán adquirir, pero no podrán conservar la república. 3.º Ser cautos y no contribuir á maniobras que pudieran traernos á una reaccion carlista ó á una restauracion alfonsina. 4.º Combatir la situacion, sí, pero con nuestras armas y en nuestro provecho; derribar la situacion, sí, pero cuando sepamos que ha de sustituirla inevitablemente la república. (*Grandes aplausos. Prolongada sensacion.*)

Me dirán: ésa es la política antigua de benevolencia republicana hácia los radicales. Parece imposible que,

ora por ignorancia, ora por malicia, se tergiversen los hechos más claros, se confundan las ideas más sencillas y se alcancen de tan prodigiosa manera divisiones funestas de transigentes é intransigentes, cuando entre nosotros nadie quiere transigir; de malévolos y benévulos, cuando nosotros todos aborrecemos la Monarquía igualmente y todos igualmente amamos la federacion y la república. La palabra benevolencia se pronunció cuando la coalicion de todos los partidos monárquicos era como una fortaleza inexpugnable. Se pronunció para separarlos, se pronunció para distinguirlos, porque aquella distincion de tendencias y aquella oposicion de conducta que, despues de todo, se hallaba en la naturaleza misma de las cosas y en los intereses y antecedentes de los diversos partidos, debia darnos á nosotros, principales autores del título I de la Constitucion, título esencialmente republicano, una fuerza y una influencia preponderantes. Prometí la benevolencia, la prometí con pleno conocimiento de causa, y la cumplí con la lealtad con que yo cumplo todas mis promesas. No tengo para qué ocultar mi conducta, ni tengo para qué arrepentirme de ella.

Estos labios que os hablan pronunciaron la palabra con premeditacion completa, y este corazon que aquí late la cumplió con plena lealtad. Yo pido, si hay responsabilidad, yo pido la responsabilidad para mí solo; que uno de los males mayores de nuestro tiempo consiste en rehuir ó negar hasta aquellas responsabilidades que se han públicamente contraído. Si mi partido la hubiera condenado, si mi partido la hubiera rechazado, yo la sostuviera; y acatando su voluntad, sin ánimo de contradecirla, me encerrára en absoluto silencio y en el retiro de la vida privada, seguro de que en lo sucesivo modificaria su fallo el curso incontrastable de los sucesos y el juicio definitivo de la historia.

Pero las circunstancias han variado. Los comentaristas del derecho romano sostienen que las rectas interpretaciones requieren el distinguir y apreciar las diferencias de los tiempos. En el momento en que la palabra benevolencia se pronunció, el partido conservador no podía caer, ni el partido radical subir sin nuestro auxilio; ahora el partido conservador cayó por su propio peso, y el partido radical acaba de subir al poder por llamamiento de la corona.

Las circunstancias han variado, repito, y nuestra conducta ha variado tambien. Para determinarla no debemos curarnos del Gobierno que existe, sino de los principios de justicia inmóviles, perfectos, y de nuestros intereses, de nuestra conveniencia, que podrá ser movable, cambiante, como lo son siempre todos los fines útiles, pero que no puede estar, que no debe estar en oposicion abierta con la justicia.

Yo os digo, puesta la mano en el corazon, puestos los ojos en la conciencia, por mi vida pública, ya larga; por mi nombre, generalmente estimado en más de lo que vale; por el Dios de mi razon, cuyo culto no he interrumpido ni un minuto en mi vida, que la conducta más conveniente á las democracias es la conducta más sensata. Sin elevacion en las ideas, sin mesura en el carácter, sin templanza en el estilo, sin respeto á las personas, sin amor al derecho, sin convencimiento profundo de que la fuerza es el último, el supremo recurso, sólo deseable cuando todos los demas recursos, todos, se hayan agotado; sin ese respeto á las leyes, que nos lleva á preferir los procedimientos jurídicos, los procedimientos de Suiza y de la América sajona á los procedimientos violentísimos, á los procedimientos de los pueblos sin confianza en la virtud de las ideas, en verdad os digo, en verdad os anuncio que no se establecerá sólidamente la república en lo que resta de si-

glo, ó, si se establece, engendrará la mayor de todas las calamidades que pueden venir sobre los pueblos, la dictadura y el cesarismo. (*Ruidosos aplausos.*)

Es mala, es pésima nuestra educacion republicana. Sabemos la historia de la revolucion francesa, la historia de una república que abortó, é ignoramos la historia de la revolucion americana, la historia de una república que triunfó. Todos hemos leído en Lamartine, un escritor de educacion realista, y ninguno hemos leído á Bancroft, el historiador de la república americana, Guillermo Tell en Suiza, Wasingthon en los Estados-Unidos; hé aquí cuanto alcanzamos del rudo trabajo, del inmenso esfuerzo empleado para crear esas dos maravillas de la política moderna, la confederacion helvética en el centro de Europa y la confederacion sajona en el Norte de América. Unos imitamos á los girondinos, que siendo demócratas aceptaron el poder de la monarquía para concluir por destruirla, y sirvieron al Rey para concluir por decapitarlo. Otros á los jacobinos, que descabezaron á Francia, hasta caer tras aquel vértigo suicida, de insurreccion en insurreccion, á las plantas del más grande, pero tambien del más odioso de los déspotas. Pero ¿quién sabe la historia de los peregrinos? ¿Quién se acuerda aquí de ellos? ¿Quién alaba y encomia su piedad, su templanza? Ya se ve, no fueron violentos, no emborronaron cuartillas pidiendo que la mitad del género humano acabe con la otra mitad; conocieron el Evangelio, pero no conocieron el petróleo, que es ahora el ingrediente democrático por excelencia; pésimos republicanos, aquellos fundadores de la gran república en la América del Norte. (*Ruidosos aplausos.*)

Y es necesario seguirlos desde que conciben la renovacion democrática del cristianismo hasta que emigran á Holanda y á Suiza; desde que emigran á Ho-

landa y á Suiza bajo el cetro perseguidor de los Estuardos, hasta que salen en direccion á América, buscando una nueva tierra para su nueva sociedad y un nuevo templo para su nuevo Dios; desde que arriban en la sagrada Flor de Mayo á las playas americanas, hasta que rompen con Inglaterra; desde que rompen con Inglaterra, hasta que fundan la república; desde que fundan la república, hasta que la organizan y la robustecen, para sentir y comprender en esa hermosísima experiencia de dos siglos los esfuerzos y los sacrificios indispensables al establecimiento y á la consolidacion de una verdadera democracia. (*Bien, bien.*)

Nosotros despreciamos todas estas enseñanzas, y creemos más útiles que los libros, que la propaganda, unos cuantos soldados insurrectos. Resultado, resultado tristísimo: que moviéndose todos los hechos, todos los sucesos contemporáneos á favor de la república, lo único que puede impedirla, al ménos retardarla, es la ceguera de los republicanos. El que ha consagrado toda su vida á la divulgacion de las grandes ideas, si no transige con los antojos demagógicos, traidor. El repúblico que ha puesto al servicio de la república una vida entera, su pluma, su palabra, santón. Los jóvenes que estudian y que comprenden el movimiento de las ideas, sabios ridículos. Los Diputados que acuden al Congreso, descuidando sus intereses por atender á su partido, egoístas. Los individuos de comité, que organizan, que disciplinan, que dirigen, que ilustran, versalleses. Para ser republicanos se necesita teñir la pluma en sangre, invocar el terror, caer en todos los delirios y en todos los excesos de la demagogia; de la demagogia, que toma por vida la fiebre, y que, entregando las sociedades á convulsiones epilépticas, concluye por lanzarlas desde los estremecimientos de la anarquía en brazos de la dictadura. (*Ruidosos aplausos.*)

Es necesario evitar los dos escollos de las democracias: la demagogia y la dictadura. Por eso yo nunca me cansaré de predicar al pueblo que aproveche estas horas de libertad, quizá pasajeras, quizá fugaces, para instruirse en sus derechos y en sus deberes. Las ideas democráticas llevan en sí mismas la propia justificacion. No es posible emancipar al pueblo por medio del privilegio; hay que emanciparlo por medio del derecho. La emancipacion del pueblo es la emancipacion de todos los ciudadanos. No es posible traer la república para un solo partido; la república es el gobierno de todos para todos, por todos. Como ninguna persona, ninguna fraccion puede vincular en sí el gobierno republicano. Por una de esas leyes providenciales, profundamente lógicas, las monarquías van siendo gobiernos de partido, y las repúblicas gobiernos nacionales. Para fundarlas es necesario atraer, y no rechazar; persuadir, y no atemorizar. Es necesario enseñar á los intereses legítimos que en la república obtendrán su verdadera garantía; que la república será su incommovible áncora. Es necesario decirle á la propiedad y al trabajo que la república significa su reconciliacion y su paz definitiva.

Es necesario decirles á las almas religiosas que en la república se acabará el culto oficial, el culto mantenido por el Estado; pero se sostendrá el derecho de cada alma á espaciarse en su fe; el derecho de todas las almas, unidas por los lazos de una misma fe, á refugiarse en sus asociaciones, y á buscar en la oracion y en la penitencia bálsamo á dolores humanos tan profundos é intensos que no pueden acabarse sino más allá de la muerte.

Es necesario decirle al pueblo que en la república completará su emancipacion social con su emancipacion económica, porque la república ha de cerrar para siempre la era de la guerra, y para siempre ha de abrir